

Capítulo 13

Ideología y política neoliberales: perspectiva histórica

DESDE LOS AÑOS SETENTA, la ideología neoliberal conquistó un espacio creciente hasta el punto de llegar a dominar ampliamente el pensamiento económico y político de las dos últimas décadas del siglo XX. ¿No estará llegando a su límite?

La dominación actual está vehiculizada por las universidades, las principales revistas económicas, los grandes medios de comunicación. Los gobiernos, tanto de derecha como de izquierda –¿salvo qué excepciones?– también la han adoptado. Parece victoriosa no solamente en los países industrializados del Norte sino también en Europa oriental, Federación Rusa incluida, y en los países del Tercer Mundo. Más de un régimen de esta última región que había adoptado un discurso socializante, incluso hasta "marxista-leninista" versión Moscú o Pekín, la han adoptado. Ex-pensadores progresistas como el presidente brasileño Fernando Henrique Cardoso han renegado explícitamente de sus análisis anteriores para hacer suya una versión socialdemócrata del liberalismo.

La onda neoliberal actual reivindica un conjunto incoherente, ecléctico, de tesis económicas y políticas que se remontan a David Hume (1711-1776), Adam Smith (1723-1790), Jean-Baptiste Say (1767-1832), David Ricardo (1772-1823), incluso Kant (1724-1804). Antes de analizar la ola neoliberal actual, echemos una mirada al período anterior.

El eclipse liberal de los años treinta a los años setenta

Tras haber dominado una parte de la escena histórica del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, el pensamiento liberal conoció un largo período de eclipse desde mediados de la década de los treinta a finales de los setenta.

Durante este eclipse han prevalecido, a partir de los años treinta en América del Norte y del Sur, tras la Segunda Guerra Mundial en Europa, diferentes variantes de políticas que ponían en práctica un fuerte intervencionismo de los poderes públicos en la actividad económica: en EE.UU. bajo Roosevelt con el New Deal (ver Léxico) en los años treinta, y treinta años más tarde, bajo la administración Kennedy; en Gran Bretaña, bajo Beveridge durante la Segunda Guerra Mundial, aconsejado por J. M. Keynes, después bajo diversos gobiernos laboristas posteriores. Sucedió lo mismo antes de la segunda guerra mundial en Francia, Alemania, Holanda, Bélgica y los países escandinavos: keynesianismo versión socialdemócrata, "socialista" o social cristiana.

En los países del Este donde dominaba una versión dogmática y autoritaria del marxismo defendido por el poder burocrático, más particularmente con la instauración de "democracias populares" en Europa oriental luego de la Segunda Guerra Mundial, se pusieron en práctica amplias medidas de nacionalización de empresas privadas. En cierto número de países importantes del Tercer Mundo prevalecieron políticas desarrollistas, nacionalistas, incluso socialistas (China a partir de la revolución de 1949). Regímenes anticomunistas del Tercer Mundo como los de Corea del Sur y Taiwán realizaron profundas reformas agrarias y desarrollaron un fuerte sector industrial dirigido por el Estado hasta 1997. Éste es, de lejos, el "secreto" del milagro económico de los dos dragones asiáticos: las políticas que explican el éxito de Corea del Sur y de Taiwán están en oposición total con las recetas neoliberales. Es útil subrayar esto con fuerza.

El eclipse liberal nos remite a la crisis económica prolongada abierta con el crack de Wall Street de 1929, a la victoria del nazismo y el fascismo, a su derrota por la acción conjunta de las masas y las fuerzas aliadas –EE.UU., URSS, Gran Bretaña, Francia– abriendo de nuevo la vía a políticas de concesiones a la clase obrera; al ascenso de las luchas de emancipación de los pueblos dominados del Tercer Mundo y a la crisis de los imperios coloniales; a los éxitos relativos de las políticas de industrialización por sustitución de importaciones en América Latina; al despegue económico de la India a partir de 1947, fecha de su independencia del

Imperio Británico, de Argelia después de 1962, fecha de su independencia de Francia, hasta los años setenta, y del Egipto de Nasser de los años cincuenta y sesenta; a los éxitos económicos de los países llamados socialistas (Europa oriental tras la Segunda Guerra Mundial y la URSS después de los años treinta).

Este período se ha caracterizado por una importante ola en la que se colocó bajo control público a empresas privadas ("nacionalizaciones"), que comenzó en Europa Occidental y Oriental tras la victoria sobre el nazismo y prosiguió en el Tercer Mundo hasta mediados de los setenta; una puesta en marcha o extensión de sistemas de seguridad social en el marco del Welfare State o Estado de Bienestar (ver Léxico), incluidos varios países del Tercer Mundo, como México a mitad de los treinta bajo Lázaro Cárdenas, por ejemplo; el modelo fordista que implicó un desarrollo del consumo de masas de bienes durables en los países del Centro; un compromiso en los países capitalistas industrializados entre las direcciones que dominaban el movimiento obrero (partidos y sindicatos) y "su" clase capitalista, que se expresó en acuerdos de "paz social". Todo ello se desarrolló en el cuadro de un crecimiento sostenido tanto en los países capitalistas desarrollados como en el Tercer Mundo y los países llamados socialistas.

El vasto movimiento político económico descrito ha visto igualmente una renovación del marxismo no dogmático a escala mundial en países capitalistas desarrollados (obras de Ernest Mandel, Paul Sweezy, Paul Baran, André Gunder Frank, por no citar más que a algunos), en Cuba tras la victoria revolucionaria del 1 de enero de 1959 (comenzando por los trabajos de Ernesto Che Guevara en los años sesenta) y en Europa Oriental (Kuron y Modzelewsky en Polonia en los años sesenta, Karel Kosik, Rudolf Bahro...). Un marxismo no dogmático se opuso a la degeneración stalinista.

Es preciso señalar igualmente el desarrollo en América Latina de la "escuela de la dependencia" inspirándose en el marxismo (Theotonio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Fernando Henrique Cardoso). En fin, están también los trabajos de Samir Amin sobre la desconexión.

La vuelta vigorosa de la ideología liberal

La vuelta vigorosa de la ideología liberal acompaña la crisis económica en los principales países capitalistas industrializados a partir de los años setenta (onda larga de crecimiento lento, incluso depresiva), la crisis de la deuda de los países del Tercer Mundo en los años ochenta y la implosión de los regímenes burocráticos del Este europeo a fines de la década del ochenta.

La ola (neo)liberal implica y justifica la potente ofensiva del Capital contra el Trabajo a escala planetaria iniciada en la segunda mitad de los años setenta en los países capitalistas industrializados; a través de la restauración progresiva del capitalismo que resultó en la caída de los regímenes burocráticos del Este a fines de los años ochenta; por la crisis de los modelos "desarrollistas" del Sur amplificada por la crisis de la deuda externa, desembocando en un nuevo ciclo de dependencia agudizada para países que habían conocido una industrialización parcialmente autónoma, como México, Argentina, Brasil, India, Argelia (salvo Corea del Sur y Taiwán, que se integraron progresivamente hasta ahora a los países del Centro). En cuanto a los países más dependientes y menos industrializados –América Central, el Caribe excepto Cuba, África subsahariana, Sudeste asiático excepto India...–, no salieron jamás de la dependencia en relación a las potencias capitalistas del Norte, y en la actualidad se encuentran bajo los dictados de las instituciones financieras internacionales (incluidos Nicaragua y Vietnam, que conocieron auténticas revoluciones). Instituciones como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y la Conferencia de Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (CNUCED) entonaron progresivamente, aunque con bemoles, el canto de sirena neoliberal, lo que no excluye algunos sobresaltos (ver el informe de la CNUCED 1995 citado en el libro). El Movimiento de los No Alineados no sobrevivió a la crisis yugoslava, a la crisis de la deuda del Tercer Mundo y a la ofensiva neoliberal en general.

La ideología neoliberal no es producto de la crisis, sino que se monta sobre ella

La ideología (neo)liberal no es producto de la crisis; la preexistía. Economistas y políticos continuaron reivindicando los postulados liberales a pesar de la difusión masiva de las políticas keynesianas o "socializantes". Algunos de ellos bruñeron durante largo tiempo sus armas teóricas, entablaron una batalla ideológica de gran amplitud contra las posiciones keynesianas del Norte, así como contra las posiciones "desarrollistas" del Sur (representadas fundamentalmente por Raúl Prebisch, que dirigió la CEPAL durante varias décadas), y contra posiciones socialistas y/o marxistas en sus diferentes variantes en distintos puntos del planeta.

Los fundamentos teóricos de las diferentes corrientes neoliberales

Advertencia sobre el método: no es fácil delimitar claramente el pensamiento neoliberal.

La misma dificultad vale para el pensamiento keynesiano o el pensamiento marxista.

Numerosas corrientes atraviesan estas escuelas de pensamiento. Las corrientes liberales tienen profundas diferencias entre ellas, ya sean keynesianas o marxistas. Es más, existen intentos de síntesis entre liberales y post-keynesianos, por ejemplo, y también entre liberales y post-marxistas.

De una manera general, la escuela (neo)liberal se apoya en un vasto y ecléctico cuerpo teórico que comprende la teoría neoclásica, el cual contiene a su vez la teoría cuantitativa de la moneda, la ley de Say y la teoría de la determinación de los precios por la interacción de la oferta y la demanda, la teoría de las ventajas comparativas.

Como ejemplos de la dificultad de delimitar la escuela (neo)liberal: Friedrich von Hayek (1899-1992), que ejerció al fin del siglo XX una gran influencia, rechaza numerosas hipótesis fundamentales del pensamiento neoclásico defendiendo un ultraliberalismo; Paul Samuelson (1905), que no pertenece a la escuela liberal, ha llamado en los años cincuenta a la realización de una síntesis neoclásica.

Los predecesores de los neoliberales

Adam Smith (Estudio sobre el Origen de la Riqueza de las Naciones, 1776) realiza una síntesis de los aportes de varias escuelas económicas incluidos los fisiócratas franceses. Se opone al mercantilismo que durante dos siglos defendió el proteccionismo y el intervencionismo de los estados-nación (sobre todo el Colbertismo en Francia, el bullionismo en España, la política de Cromwell y Petty en Inglaterra). De Adam Smith se retiene frecuentemente la alegoría de la "mano invisible". Según él, cada individuo cumple "un fin que de ninguna manera entra en sus intenciones (...) Aunque no busque más que su interés personal, trabaja muy a menudo de forma mucho más eficaz por el interés de la sociedad que lo que tenía realmente por meta cuando trabajaba" (Smith: 256, ed. fr.).

Para Smith los gastos públicos deben limitarse a defensa, justicia y obras públicas en la medida en que los empresarios no tienen interés de tomarlos a su cargo "ya que, para estos, el beneficio no podría jamás reembolsar el gasto" (Smith: 370, ed. fr.). Las concepciones de Adam Smith corresponden al pujante desarrollo capitalista inglés del siglo XVIII y constituyen en parte el fundamento del «liberalismo económico». Una advertencia: Smith no es solamente una fuente de inspiración para los (neo)liberales. Algunos aspectos de su análisis (como el de los mercantilistas que combatió) han sido integrados por Karl Marx en su crítica a la economía política. En efecto, para Smith "El trabajo es la medida real del valor" (Smith, 1776: 31, edición en español). David Ricardo desarrolla esta noción, y Karl Marx aportará una definición específica reconociendo el aporte de Smith y de Ricardo. Además, Marx, al contrario de Smith, retomará por su cuenta algunos aportes de los mercantilistas (sobre Marx y los mercantilistas ver Labica-Bensussan, 1982: 740).

Se encontrarán igualmente en Smith juicios que irritan profundamente a los neoliberales de fines del siglo XX: "Los comerciantes ingleses se quejan frecuentemente del nivel elevado de los salarios de su país. Nos dicen que este nivel elevado es la causa de la dificultad que tienen para vender sus mercancías a precios competitivos respecto a otras naciones. Pero guardan silencio sobre sus beneficios elevados. Se quejan de los beneficios de los otros mas se llaman a silencio sobre los suyos. En muchos casos, los beneficios elevados del capital pueden contribuir mucho más al alza de los precios de las mercancías que los salarios exorbitantes" (Smith, 1776: 534, edición en español). Esta declaración es una verdadera herejía para los neoliberales que acusan a los costes salariales –siempre muy altos para su gusto– de ser los responsables de la inflación y de la caída de la competitividad.

Jean-Baptiste Say enuncia en 1803 la siguiente ley, postulando que el rol de la moneda es neutro en la economía: la oferta global crea su demanda; no habría entonces posibilidad de tener crisis de superproducción en una economía de mercado libre.

La ley de Say que constituye uno de los referentes esenciales de los economistas (neo)liberales, ha sido contradicha en los hechos desde los tiempos en que fue anunciada, y lo han remarcado economistas tan diferentes como Malthus (1820, Principios de Economía Política, París, Calman-Lévy, 1969), Sismondi (1819, Nuevos Principios de Economía Política o de la Riqueza en Relación con la Población, Calman-Lévy, 1971), Marx.

En su teoría de las ventajas comparativas, David Ricardo (Ricardo, 1817, cap. VII sobre el Comercio Exterior) retoma de manera crítica, desarrollándola a su manera, la posición de Smith favorable al librecambio y a la división internacional del trabajo. Para Ricardo, un país tiene interés en especializarse en las producciones donde los costos relativos son los más bajos, o sea en las que sus ventajas comparativas son más grandes. Ricardo agrega que, a diferencia de Smith, un país que disponga de ventajas comparativas en todas las producciones tendría sin embargo interés en especializarse. "En un ejemplo famoso, Ricardo muestra que si Portugal es más eficaz que Inglaterra tanto en la producción de vino como en la de paño, no tendrá menos interés de abandonar esta última si su ventaja de costo es mayor en la producción de vino. Inversamente, Inglaterra tendrá interés en especializarse en la producción de paño, en la que su desventaja relativa es menor" (Adda, 1996: 35/T1; ver también Montes, 1996: 53-59). Este ejemplo se encuentra en el Capítulo VII del libro citado.

Más allá de Smith, Say y Ricardo, los neoliberales actuales adoptan las aportaciones de otros economistas: Jevons (The Theory of Political Economy, 1871), Menger (Grundsätze des Volkswirtschaftslehre, 1871) y Walras (Compendios de los Elementos de Economía Política Pura, 1874-1877). Estos cuestionan tanto el análisis del valor de Ricardo y de Marx, como el de la distribución de Ricardo. Desarrollan una teoría de los precios fundada en el principio de la utilidad marginal decreciente que el pensamiento económico dominante llama la "revolución marginalista". Walras desarrolla también en este marco una teoría sobre el sistema de equilibrio general que es retomada por los neoliberales actuales. Según este sistema, la sociedad es definida como un mecanismo natural (tal como un organismo biológico o el sistema solar) en el seno del cual los individuos aseguran libremente la mejor colocación de los recursos y alcanzan resultados económicos óptimos.

Para completar las referencias de los economistas neoliberales contemporáneos, es preciso agregar la teoría cuantitativa de la moneda planteada por Smith y Ricardo, que explica el movimiento de los precios por la cantidad de moneda en circulación. Esta teoría se remonta, al menos, al siglo XVI.

El conjunto de estas referencias hace, según algunos economistas, la síntesis "neoclásica". Como lo han remarcado Michel Beaud y Gilles Dostaler: "Durante todos estos desarrollos, la realidad no ha cesado de contradecir la visión, compartida por numerosos economistas clásicos y neoclásicos, según la cual el funcionamiento libre de los mercados es suficiente para asegurar el pleno empleo de sus recursos y su distribución óptima" (Beaud y Dostaler, 1995: 32).

Los diferentes elementos de este conjunto teórico bastante heterogéneo han sido refutados por los autores marxistas, comenzando por Marx y Engels, donde el marxismo influenció a un ala muy importante del movimiento obrero internacional. Tres cuartos de siglo más tarde, Keynes, tras haberse adherido a los fundamentos de la economía precitados y de haberlos profesado, como lo ha explicado él mismo, produjo una crítica radical de un cierto número de fundadores de la economía clásica (liberal), como Smith y Say (Keynes, 1936, Cap. 23 titulado "Notas sobre el mercantilismo", en las cuales, como Marx, subraya el aporte de los mercantilistas). También conservó elementos, sobre todo el considerar el salario real como igual a la productividad marginal del trabajo (Beaud y Dostaler, 1995: 54).

De nuevo sobre el eclipse liberal

Con la crisis de los años veinte y treinta se desarrolla de manera pragmática una nueva ola de críticas a las tesis neoclásicas. El movimiento crítico es internacional y participan de él hombres políticos, economistas de filiaciones diferentes, burgueses avanzados, socialistas, marxistas. Frente al desempleo de masas y a la depresión, las propuestas de grandes obras públicas, de medidas presupuestarias de alcance anti-cíclico, hasta la expropiación de bancos son puestas en marcha por personalidades y movimientos muy diversos: el doctor Schacht en Alemania; el plan del socialista Deman en Bélgica (1933); las propuestas de los fundadores de la escuela de Estocolmo que sostienen los socialdemócratas suecos; los socialistas fabianos y las propuestas de J. M. Keynes en Gran Bretaña; los trabajos de J. Tinbergen en Holanda; los de Frisch en Noruega; las investigaciones en Francia del Grupo X-crisis; la presidencia de Lázaro Cárdenas en México (1935-1940); el New Deal del presidente Roosevelt en EE.UU. (Roosevelt es elegido presidente en 1932).

Estas diferentes propuestas y políticas pragmáticas encuentran parcialmente una formulación teórica en la Teoría General del Empleo, el Interés y la Moneda de J. M. Keynes en 1936.

La revolución keynesiana

Los trabajos preparatorios de Keynes (1883-1946) que convergen en la Teoría General fueron marcados por la necesidad de encontrar una solución compatible con el sistema a la crisis generalizada del sistema capitalista. Fueron parcialmente el fruto de un amplio trabajo colectivo y han dado lugar a continuación a elaboraciones colectivas e individuales que culminan en corrientes keynesianas diferentes, a veces totalmente opuestas. Algunas se aproximan al análisis de Marx (el polaco M. Kalecki, que además había formulado antes Keynes elementos clave de la Teoría General, y la inglesa Joan Robinson), en tanto que otros se aproximan progresivamente a tesis liberales combatidas por Keynes.

J. M. Keynes declara en uno de sus textos que debía mucho al filósofo inglés Georges Edward Moore ya que él le enseñó a liberarse de la moral predominante en su época y "protegió al conjunto de nosotros de esta reductio ad absurdum final del benthamismo conocido bajo el nombre de marxismo" (Beaud y Dostaler, 1995: 37).

Keynes desarrolla una actividad política activa desde la Primera Guerra Mundial. Empleado por el Tesoro británico, participó activamente en las negociaciones del Tratado de Versalles que dio fin a la Primera Guerra Mundial (1918). Al oponerse a la amplitud de las reparaciones exigidas a Alemania, renunció a la delegación británica y publicó a continuación una obra titulada Las Consecuencias Económicas de la Paz (Keynes, 1919).

En 1926, en una obra titulada El fin del laissez-faire, afirma: "No es de ningún modo correcto deducir de los principios generales de la economía política que el interés personal debidamente ilustrado obra siempre en favor del interés general" (Beaud y Dostaler, 1995: 40). En los años veinte, J. M. Keynes ataca la política del gobierno conservador dirigido por Winston Churchill. Se opone a la política liberal, que desemboca en una huelga de mineros y luego en una huelga general en 1926. Desde este momento defiende una política de amplias inversiones públicas. Apoya al partido liberal, manteniendo entretanto relaciones de simpatía con el partido laborista. En 1929 es nominado por el gobierno laborista nacido de la derrota de conservadores y

liberales miembro de la Comisión McMillan, encargada de estudiar la situación económica. En 1930 será consejero del mismo gobierno. La crisis económica que se acentúa tras el crack de Wall Street de 1929 lo conduce a producir un análisis del empleo, del interés y de la moneda que refuerza su convicción de la necesaria intervención de los poderes públicos. Para suplir la insuficiencia de la demanda, estos deben aumentar sus gastos y relanzar así la economía y el empleo.

A partir de esta época desarrolla una amplia polémica con von Hayek. Aunque éste rechazaba algunas tesis de Smith, Ricardo, Walras y Jevons, a partir de lo cual se cruza con algunas posiciones de Keynes, desarrolla con Ludwig von Mises (1881-1973) un pensamiento ultraliberal opuesto en lo esencial a la revolución keynesiana. Para Keynes y sus partidarios, la causa última de la gran depresión es el hundimiento de la inversión. Por el contrario, para Hayek y sus colegas la causa de la crisis económica es la superinversión que fue provocada por una política monetaria laxista. Para Keynes se necesita desarrollar el consumo y la inversión vía una fuerte intervención pública. Para Hayek, la intervención pública desvía los fondos disponibles para la inversión privada. Para Keynes hay que subir los salarios para estimular el consumo. Para Hayek, es preciso bajar los salarios si se quiere restablecer el pleno empleo. La polémica se desenvuelve en la prensa británica en 1932 (Times del 17 y 19 de octubre de 1932). Para Keynes hay que tener una política que reduzca al mismo tiempo una tasa de desempleo muy elevada y una distribución muy desigual de los ingresos. Si los poderes públicos no persiguen los objetivos de pleno empleo y de reducción de las desigualdades, según él, el riesgo es ver triunfar al fascismo o al comunismo bolchevique. Las políticas públicas deben buscar reducir las tasas de interés elevadas que desvían hacia las finanzas los recursos disponibles. Disminuyendo las tasas de interés se procura tender a la eutanasia de los rentistas, plaga del capitalismo (Keynes, 1936: 279, edición en español). Al mismo tiempo, Keynes declara que las consecuencias de su teoría "son moderadamente conservadoras dado que si bien indica la importancia vital de establecer algunos controles centrales en dominios que se dejan hoy completamente en manos de la iniciativa privada, deja aún en sus manos muchos terrenos de la actividad". Plantea que su teoría "no defiende francamente un sistema de socialismo de Estado que controlaría la mayor parte de la vida económica de la comunidad" (Keynes, 1936, Notas Finales: 362, edición en español). Las posiciones de Keynes encontraron una aplicación práctica en varias regiones del mundo hasta los años setenta e influenciaron durablemente a numerosos economistas tales como Samuelson, Galbraith, Tobin, Prebisch.

La preparación de la contrarrevolución neoliberal

La reacción a las políticas de intervención activa de los poderes públicos por sostener la demanda y aproximarse al pleno empleo fue afirmada desde el momento en que éstas fueron concebidas. F. von Hayek y L. von Mises se emplearon a fondo intentando demoler las propuestas de Keynes desde inicios de la década del treinta (ver más arriba). "Desde 1945, en diversos medios académicos y círculos del mundo de los negocios, surgen en paralelo proyectos buscando reunir defensores cualificados del liberalismo a fin de organizar una respuesta de conjunto a los defensores del intervencionismo del Estado y del socialismo. Citamos tres centros donde se organiza esta nueva resistencia de posguerra: el Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales (IUAEI) de Ginebra, la London School of Economics (LSE) y la Universidad de Chicago" (Udry, 1996). Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Hayek enseña en la London School, y funda con Mises en 1947 la Sociedad del Mont-Pèlerin. La primera reunión, en la que participan 36 personalidades liberales, tiene lugar en abril de 1947 en el Hôtel du Parc en Mont-Pèlerin cerca de Vevey, Suiza. Fue financiada por banqueros y patronos de la industria suiza. Tres importantes publicaciones de Estados Unidos (Fortune, Newsweek y The Reader's Digest) enviaron delegados. La Reader's Digest acababa además de publicar una versión resumida de una obra clave de von Hayek, La Ruta de la Servidumbre, donde se encuentra el pasaje siguiente: "Es la sumisión del hombre a las fuerzas impersonales del mercado que, en el pasado, hizo posible el desarrollo de una civilización que sin esto no habría podido desarrollarse; es por la sumisión que participamos cotidianamente en la construcción de algo más grande que lo que todos nosotros podemos comprender plenamente" (von Hayek, 1944: 151 y 152). En dicho encuentro participan economistas y filósofos de derecha de diferentes "escuelas de pensamiento". "Al terminar este encuentro se

funda la Sociedad del Mont-Pèlerin, una especie de francmasonería neoliberal, bien organizada y consagrada a la divulgación de las tesis neoliberales, con reuniones internacionales regulares" (Anderson, 1996). Citaremos entre los miembros activos de esta sociedad desde los primeros años a von Hayek, von Mises, Maurice Allais, Karl Popper, Milton Friedman.

La Sociedad del Mont-Pèlerin se constituirá en un think tank de la contraofensiva neoliberal. Muchos de sus miembros obtendrán premios Nobel de economía (Hayek en 1974, Friedman en 1976, Allais en 1988).

La ola neoliberal

La corriente neoliberal hace de la Universidad de Chicago uno de sus bastiones (además de ser la institución donde Friedman hizo toda su carrera universitaria y donde Hayek enseñó desde 1950 a 1961), al punto que se hablará más tarde de la Escuela de Chicago y de los Chicago Boys de Friedman. Éste declara, en 1970, haber hecho triunfar la "contrarrevolución en la teoría monetaria" que caracteriza por "un acento renovado puesto en el rol de la cantidad de moneda" (Friedman, 1970: 7). Friedman afirma que toda variación de la masa monetaria es seguida de una variación en el mismo sentido de los precios, del valor de la producción y de los ingresos monetarios. Agrega que se trata de una ley observada desde hace siglos y que es asimilable a las leyes extraídas por las ciencias naturales. Deduce de esto que el Estado no puede relanzar la demanda emitiendo moneda bajo pena de aumentar en las mismas proporciones la tasa de inflación. Propone entonces una enmienda constitucional que implica que la masa monetaria debe variar a tasa constante, igual a la tasa de crecimiento a largo plazo de la producción nacional (Beaud y Dostaler, 1995: 274 y 275). La afirmación, que consiste en decir que el crecimiento de la tasa de inflación implica automáticamente un crecimiento idéntico de la tasa de desempleo, fue desmentida por los hechos. En efecto, se puede constatar que en Europa, durante los años noventa, la baja de la tasa de inflación se produce junto al crecimiento de la tasa de desempleo (o a su mantenimiento en niveles elevados).

Para Friedman, como para J. B. Say, el funcionamiento libre del mercado es suficiente para asegurar la distribución óptima de los recursos y el pleno empleo de las capacidades de producción. Esta visión es contradicha por la realidad, pero ello no impide que sea difundida sistemáticamente y aceptada como una evidencia.

Friedman está embarcado claramente en un proyecto político: está ubicado claramente del lado reaccionario. En 1964 fue consejero económico del candidato republicano a la presidencia, Barry Goldwater. Cumplió la misma función para Richard Nixon en 1968 y para Ronald Reagan en 1980.

Tras el golpe de estado contra el gobierno de Salvador Allende por el general Pinochet, prodigó sus consejos a este último. Friedman apoya la represión y empuja a medidas antisociales extremas. Hayek indica igualmente su preferencia por los métodos dictatoriales sanguinarios del general Pinochet. "Un dictador puede gobernar de manera liberal, así como es posible que una democracia gobierne sin el menor liberalismo. Mi preferencia personal es una dictadura liberal y no un gobierno democrático donde todo liberalismo está ausente", responde a un periodista chileno en 1981 (Salama y Valier, 1994: 149). Tras diez años de aplicación de estas recetas económicas, Chile pasa por una recesión que hizo caer el PBI en un 15% entre 1982 y 1983 en un momento en que la tasa de desempleo alcanzaba el 30% (Ominami en Urriola, 1996: 42). Además, si Chile conoció en los años noventa cierto éxito económico, fue rompiendo parcialmente con las recetas de los Chicago Boys (Ominami en Urriola, 1996).

Si Ronald Reagan se inspiró en Friedman, Margaret Thatcher reivindica la influencia de Hayek: "No fue sino a mediados de los setenta, cuando las obras de Hayek figuraron entre las lecturas que me diera Keith Joseph (consejero económico de Margaret Thatcher que participó en reuniones de la Sociedad del Mont-Pèlerin, N. del R.), cuando comprendí realmente las ideas que planteaba. Fue entonces cuando consideré sus argumentos desde el punto de vista del tipo de Estado que queríamos los conservadores (un gobierno limitado al reino de la ley), antes que el punto de vista del tipo de Estado a evitar (un Estado socialista donde los burócratas

gobiernan sin freno)" (Margaret Thatcher, Los Caminos del Poder, T. 2, Albin Michel en Udry, 1996: 55 y 56).

Robert Lucas y la negación del desempleo involuntario

La contrarrevolución neoliberal va muy lejos en una perspectiva reaccionaria. Según Robert Lucas, que se caracteriza como seguidor de la "nueva macroeconomía clásica", el desempleo involuntario no existe. Para Keynes, la existencia del desempleo involuntario era una evidencia. Por su parte, según Lucas, que ha adoptado sobre esta cuestión la posición de los economistas neoclásicos anteriores a Keynes, el desempleo es provocado por las elecciones que toma el trabajador entre el ocio y el trabajo. Siempre según Lucas, el economista que quiera comprender la evolución del mercado laboral debe postular que los trabajadores tienen un comportamiento racional de maximización en el arbitraje que operan entre el tiempo de trabajo y el tiempo de ocio. En otros términos, un trabajador desempleado es una persona que eligió aumentar su tiempo de ocio, aunque esto represente una caída o una pérdida total de sus ingresos.

Además afirma, en el marco de la ortodoxia clásica que habían combatido tanto Marx como Keynes, que existe una tasa natural de desempleo que no se puede buscar influenciar por políticas de reactivación de empleo, ya que éstas son contraproducentes.

Robert Lucas (n1937) es profesor de la Universidad de Chicago y su aporte a la ofensiva neoliberal fue recompensado en 1995 con la obtención del Nobel de Economía. Lucas y sus colegas han procedido a una crítica radical de la política de Reagan porque no fue coherente en relación a los postulados monetaristas, y en esto tienen razón. Aprobaron la voluntad de Reagan de aplicar una política monetarista buscando la reducción de la masa monetaria, pero declararon que esto era incompatible con una baja de los impuestos, a lo cual se agregó un aumento de los gastos militares, lo que no podía más que agravar el déficit público. Aprobaron la reducción de los gastos sociales pero rechazaron el aumento de los gastos militares. Sus críticas, que no tienen ninguna dimensión ética, muestran claramente la incoherencia real entre el discurso monetarista de Reagan y su política práctica, la cual implicó un aumento del déficit público. Reagan aplicó parcialmente una receta keynesiana para hacer salir a EE.UU. de la recesión reactivando los gastos públicos. Lo hizo de una forma reaccionaria, destinando el aumento de los gastos públicos al armamento y a la investigación espacial para el proyecto de guerra de las estrellas. Sin embargo, desde el punto de vista de los intereses imperialistas norteamericanos, dicha apuesta, criticada por los dogmáticos neoliberales o neoclásicos, tuvo resultados más bien positivos. El único detalle no menor es que el costo social de dicha política fue enorme.

Recuadro 13.1

Las aberraciones de los pensadores neoliberales y neoclásicos

El imperialismo de la economía neoclásica

(extractos de Beaud y Dostaler, 1995: 183-185)

Aunque la teoría neoclásica fue criticada desde hace mucho tiempo por su reduccionismo (dado que impide tomar en cuenta realidades complejas del mundo en que vivimos), algunos teóricos neoclásicos ligados a la Escuela de Chicago han reaccionado, paradójicamente, llevando hasta el extremo dicha reducción, haciendo de ella la llave que abre el conocimiento de todos los fenómenos sociales, al punto que las otras ciencias sociales tales como la sociología, la ciencia política, la historia o la psicología aparecen, de aquí en adelante, como inútiles.

Según esta perspectiva la sociedad es una suma de agentes (individuos, hogares, empresas) independientes: cada uno está dotado de libre arbitrio y la interacción de las decisiones

individuales es el origen de la vida económica, social y política. Cada agente está sometido a condicionamientos, tanto de orden cognitivo como material; los recursos de los que dispone, bienes y servicios, recursos productivos, informaciones, son limitados; su comportamiento puede ser predicho a partir de la hipótesis de la racionalidad. Esta última hipótesis constituye el nudo central de la problemática neoclásica.

El paso mayor fue franqueado por Becker (que obtuvo el premio Nobel de Economía en 1992) y Mincer, ambos pertenecientes a la Escuela de Chicago, que aplicaron esta aproximación fundados en el postulado de la racionalidad del agente al conjunto de los comportamientos humanos. Esto permite explicar todo acto humano, incluidas por ejemplo las actividades criminales. Éstas son consideradas, como todas las demás, fruto de un cálculo racional, en el marco del cual los beneficios, sin duda elevados a corto plazo, son comparados con los costos, en términos del peligro de ser arrestado y condenado. Becker y sus colegas generalizaron esta aproximación a decisiones tales como casarse, tener hijos, divorciarse, o repartirse las tareas en el hogar. En todos los casos se trata de comparar racionalmente los costos y los beneficios. Los desarrollos de especializaciones tales como la "nueva economía de la familia" (Becker, 1968; Becker y Landes, 1974) ilustran la extensión del campo de análisis de lo social en términos de homo economicus y elecciones racionales.

Para caracterizar estos desarrollos, además del calificativo de revolucionarios, se ha usado también el de imperialistas (Stigler, 1984). Una vez adoptado el camino de Becker y sus colegas, no se sabe bien cuál es el campo de investigación que le queda a la antropología, a la psicología, a la ciencia política, a la sociología y en general a las otras ciencias humanas, puesto que la economía así concebida deviene en alguna suerte de teoría general del comportamiento humano: "No hay más que una sola ciencia social. Lo que da a la ciencia económica su poder de invasión imperialista es el hecho de que nuestras categorías analíticas –rareza, costo, preferencia, oportunidad– son verdaderamente de aplicabilidad universal. (...) Así la ciencia económica constituye la gramática universal de la ciencia social" (J. Hirschleifer, 1985 "The expanding Domain of Economics" en American Economic Review, vol. 75, Nº 6: 53).

Un postulado clave de la ola neoliberal: el mercado libre asegura la alocación óptima de los recursos

*"Para que la mano permanezca invisible,
es preciso que el ojo sea ciego"
Bensaïd, 1995.*

Evidentemente se puede argüir que no hay ningún ejemplo de funcionamiento en donde no existan trabas del mercado. Esto sucede no sólo en países donde los poderes públicos y los trabajadores organizados rechazan el dogma neoliberal y se empeñan en defender su sistema de seguridad social o en una cierta estabilidad en el empleo o de algunos servicios públicos, sino que también es el caso de todas las economías donde las políticas neoliberales han sido aplicadas con mayor agresividad. Los neoliberales en el poder en EE.UU. desde 1980 han reducido por cierto lo que denuncian como trabas para el funcionamiento del mercado (por ejemplo, disminuyeron la fuerza del movimiento sindical y redujeron los mecanismos de protección social), pero reforzaron otros: concentración mayor de empresas, lo que conduce a una situación de oligopolio en algunos sectores; privatización de las empresas públicas que escapan a todo control democrático; mantenimiento del proteccionismo contra sus competidores extranjeros (barreras aduaneras y otros mecanismos de limitación del libre intercambio); refuerzo del poder de los actores financieros evolucionando hacia la "tiranía de los mercados"; barreras a la libre circulación de la fuerza de trabajo...

Al mismo tiempo, en el caso de EE.UU., las desigualdades aumentaron; la pobreza alcanzó a una parte cada vez más importante de la población; una gran parte de los empleos creados fueron empleos precarios mal pagos; el número de personas encarceladas pasó de 250.000 en 1975 a 744.000 en 1985, para alcanzar 1.630.940 en julio de 1996 ("un hombre negro tiene

siete veces más posibilidades de ir a prisión que un hombre blanco", según afirma el informe de las autoridades penitenciarias, Le Monde, 13 de agosto de 1997). El aspecto criminal de gran parte de las actividades económicas realizadas por los altos responsables de las empresas y del Estado nunca fue tan elevado, ya que ha sido incentivado por las medidas desreguladoras que implican los movimientos de capitales.

El último argumento de los neoliberales para defender su balance es el que dice que nunca existirá una distribución óptima de los recursos porque en ninguna parte hay un funcionamiento sin trabas del mercado. Se trata entonces de luchar contra las trabas en la perspectiva lejana de una prosperidad general.

En realidad se pretende, en nombre de la búsqueda del mercado libre (la tierra prometida de los neoliberales), destruir las conquistas de los trabajadores y de los oprimidos en general presentándolas como rigideces reaccionarias.

Un artificio de los neoliberales: presentar al oprimido/a bajo la forma del opresor

De hecho, este argumento no es novedoso: trata de designar al movimiento sindical y las legislaciones que protegen a los trabajadores como instrumentos de opresión usados por los privilegiados que tienen un trabajo bien pagado contra los que tienen el coraje de aceptar lo que se les ofrece.

Hayek escribía, ya en 1944, en *El Camino de la Servidumbre*: "Jamás una clase fue tan explotada de una forma cruel como lo son las capas más débiles de la clase obrera por sus hermanos privilegiados, explotación que es posible por la 'reglamentación' de la competencia. Pocos slogans hacen tanto mal como el de la 'estabilización' de los precios y de los salarios: asegurando los ingresos de unos, se hace cada vez más precaria la situación de otros" (Hayek, 1944: 96, ed. fr.).

Cincuenta años más tarde, en su informe de 1995 titulado "El Mundo del Trabajo en una Economía sin Fronteras", el Banco Mundial declara grosso modo las mismas cosas que Hayek. A continuación, algunos extractos (las cursivas son nuestras).

"Por los obstáculos que pone en la creación de empleos, una reglamentación de seguridad del empleo muy rígida se arriesga a proteger sólo a aquellos que tienen un empleo asalariado, *a expensas de los excluidos, los desempleados y los trabajadores del sector informal así como los del sector rural*" (Banco Mundial, 1995: 104). ¡Avancemos contra la protección al empleo puesto que existe a costa de los oprimidos!

"Existe un gran temor entre aquellos que son los primeros beneficiados de la seguridad social – generalmente los trabajadores de condición acomodada– y lo son *a expensas de otros trabajadores*" (Banco Mundial, 1995: 104). ¡Avancemos contra la seguridad social!

"No hay dudas que los sindicatos actúan frecuentemente obteniendo y monopolizando mejoras en las condiciones de salario y trabajo de sus adherentes a costa de los poseedores de capitales, de los consumidores y de la *mano de obra no sindicalizada y no organizada*" (BM, 1995: 95). ¡Avancemos contra los sindicatos!

Hayek y Friedman tienen actualmente émulos en el Estado. Vaclav Klaus, cuando era primer ministro en Praga, declaró en el semanario británico *The Economist*: "El sistema social de Europa Occidental es todavía prisionero de reglas y controles excesivos. El Estado-Providencia, con todas sus transferencias de pagos generosas no condicionadas por criterios o por el esfuerzo o los méritos de las personas implicadas, destruye los fundamentos morales del trabajo y el sentimiento de responsabilidad individual. Los funcionarios están muy protegidos. Es preciso decir que la revolución thatcheriana, es decir antikeynesiana y liberal, se encuentra a mitad del vado en Europa Occidental. Es preciso llegar a la otra orilla" (citado por Anderson,

1996: 27). El propio Vaclav Klaus llegó a la otra orilla, pero manchado por un escándalo financiero. Tuvo que dimitir como primer ministro en diciembre de 1997 en un clima de creciente descontento popular.

En otro documento redactado especialmente por el Banco Mundial para aportar su contribución a la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Social, organizada por la ONU en marzo de 1995 en Copenhague, declara pura y simplemente que para los países del Tercer Mundo "Salario mínimo, seguro de desempleo, indemnización por despidos y legislación de seguridad de empleo, no son de ninguna utilidad para los trabajadores del campo y del sector informal que constituyen lo esencial de los pobres en los países en desarrollo" (Banco Mundial, 1995b: 35). Este tipo de declaración encaja perfectamente con la de otro defensor del neoliberalismo, Gilder: "La seguridad social erosiona actualmente el trabajo y la familia y mantiene así a los pobres en la pobreza" (Gilder, 1981: 127). Puede ser útil precisar que Gilder propone estas medidas para el conjunto del planeta, ¡incluidos los países industrializados! Estas declaraciones de Gilder y del Banco Mundial nos hacen recordar la afirmación de Thomas Robert Malthus: "En definitiva, las leyes para los pobres pueden ser consideradas como aquellas que debilitan a la vez el gusto y la facultad de elevarse de la gente del común; debilitan así uno de los más poderosos motivos del trabajo".

Nos podemos hacer la siguiente pregunta: ¿no alcanzó ya sus límites la victoria de la ideología neoliberal? Sí, obviamente.

El fracaso de las políticas neoliberales practicadas desde comienzos de los años ochenta es patente en este comienzo del siglo XXI. Una parte importante de la juventud está buscando nuevos paradigmas emancipadores. Se constata un interés creciente por la búsqueda de alternativas progresistas radicales.